



Lic. Ernesto Enríquez Coyro

Sergio Colmenero* y Aurora Tovar**

ERNESTO ENRIQUEZ COYRO
1951-1953

Fundador y primer director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales Enríquez Coyro es hoy, a sus 82 años, un lúcido testigo del proceso histórico observado en el país.

Como catedrático, investigador y funcionario público, el maestro ha desplegado siempre una intensa actividad en el ámbito de las Relaciones Internacionales.

El tratado entre México y Estados Unidos de América sobre ríos internacionales y los Estados Unidos de Norteamérica ante nuestros problemas agrarios son, entre otros, acuciosos estudios efectuados por él

Han transcurrido treinta y tres años desde que nuestra Facultad inició, como Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, sus actividades docentes el 9 de julio de 1951. La ceremonia de apertura se llevó a cabo el día 25 del mismo mes y año. Asistieron a dicha ceremonia, entre otras personalidades, el Dr. Luis Garrido, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México; el Dr. Samuel Ramos, director de la Facultad de Filosofía y Letras; el Dr. José Ángel Ceniceros, quien sería designado, meses después, Secretario de Educación Pública; el director de la naciente escuela, Licenciado Ernesto Enríquez Coyro; el secretario de

*Profesor de tiempo completo de la FCPyS e investigador adscrito al Centro de Estudios Básicos en Teoría Social. Actualmente, junto con Aurora Tovar, trabaja en la investigación titulada "La Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en el desarrollo de las Ciencias Sociales en México, 1951-1983".

**Profesora de tiempo completo de la FCPyS.

la misma, Jesús Rodríguez y Rodríguez, así como profesores y estudiantes.

Indagar acerca del contexto en que se fundó la ENCPyS, los problemas afrontados en sus inicios y las expectativas que generó su creación; saber de dónde provenían sus primeros estudiantes y, desde luego, conocer los proyectos y la trayectoria académica de quien fue el primer director de la escuela, son algunos motivos que llevaron a la realización de esta entrevista.

Semblanza del entrevistado

El maestro Ernesto Enríquez a sus ochenta y dos años de vida, mantiene hoy una energía y un ritmo de trabajo envidiables. Hombre erudito, en su actividad deja ver su pasión por los problemas de México. Ha publicado varias obras en el área de las relaciones internacionales, y recientemente concluyó una acuciosa investigación titulada *Los Estados Unidos de Norteamérica ante nuestro problema agrario*, la cual contiene valiosos documentos que ayudan a comprender muchos hechos históricos recientes.

A su amplia cultura une su larga experiencia como maestro, investigador y servidor público. Entre otros cargos, ha trabajado en la Secretaría de Relaciones Exteriores como subagente en la Comisión General de Reclamaciones y como asesor y jefe del Departamento Jurídico. En la Secretaría de Educación Pública fue Oficial Mayor, asesor y Subsecretario. Ha sido también subdirector del Instituto Mexicano del Seguro Social y Vocal en la Comisión Nacional Bancaria.

La agudeza y lucidez de sus juicios hacen de él un ameno conversador. Rodeado de libros y objetos de arte, en su enorme biblioteca —la suya, dice, es una casa “pegada” a una biblioteca—, nos narra que tuvo la fortuna de haber nacido en el seno de una familia de posición económica desahogada.

“...Mi abuelo fue líder juarista; con el tiempo, fue gobernador del Estado de México. Fue juarista y después lerdista.

“Llegó a la ciudad de México después del triunfo de la rebelión de Tuxtepec, derrotado y sin dinero. Pero, con la política de Díaz de atraer a sus enemigos y viendo que mi abuelo tenía influencia política en el Estado de México, lo hizo senador. Fue senador porfirista pero de la oposición; fue compañero de Carranza y ambos pertenecieron al Comité de Relaciones Exteriores. Tuvo una posición muy desahogada y un despacho muy importante... eran abogados del despacho José Natividad

Macías, a quien se atribuye la formulación del artículo 27 constitucional y Andres Molina Enríquez, tío mío. Mi padre, en cambio, nunca quiso ser un servidor público. Se dedicó a los negocios; era abogado y hombre muy liberal. . .”

“Yo he sido muy afortunado porque he podido dedicarme a estudiar las cuestiones sociales, he podido comprar libros. Es triste que muchos talentos no tengan dinero para comprar libros, para investigar... ¿Quiénes son los grandes teóricos del marxismo y del anarquismo?: Bakunin, Kropotkin, nobles ricos que pudieron dedicarse al estudio; pero ¿qué puede hacer el que debe estar batallando para ganarse la vida? . . .”

El contexto político y social de su formación académica

Enviado a Europa por su padre, Enríquez Coyro estudió el bachillerato en Barcelona. Son los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, los de la primera revolución socialista y, también, aquellos en que se plasma el movimiento revolucionario mexicano en la Constitución de 1917.

“ . . . Cuando estudié en España llevaba ideas revolucionarias; fui a un colegio laico, el Liceo Polígloa. Ahí me dejó mi padre diciéndome: ‘de aquí no saldrás sino hasta que seas bachiller’.

“Me dediqué entonces a estudiar con empeño. Todo lo que se, los fundamentos de mi ilustración y cultura se los debo a esos dos años en Barcelona. Ahí tuve como compañero a un hermano de Luis Companys, posteriormente presidente de la Generalidad. En esa época Marcelino Domingo y Luis Companys estaban presos. Cuando en 1917 se promulgó la Constitución Mexicana, mi padre me la envió a Barcelona. A los dieciséis años empecé a preparar unos *entrefilets* para el diario semianarquista de esa ciudad, *La Lucha*, que publicó entonces párrafos de la Constitución Mexicana acerca de la función social de la propiedad; de las cuestiones referentes al artículo 123 y a la separación entre Estado e Iglesia.”

“...Al inicio de 1919 regresé a México y tuve problemas para revalidar mis estudios e ingresar a la Universidad. Así pues, entré a la Escuela Libre de Derecho donde estaban los antiguos amigos de mi abuelo que me recibieron a reserva de que luego llevara mi título y ahí me gradué como abogado.”

“...Al iniciarse la década de los años veinte el ambiente político, social y académico era de absoluta incoherencia, de absoluto temor al futuro y

de falta de premisas de las cuales partir. Una época de verdad agitada y difícil. En la Universidad nació el Congreso Local Estudiantil. El que dominaba el Congreso era, en ese entonces, Miguel Palacios Macedo, uno de los hombres más inteligentes que después se equivocó políticamente y se fue con De la Huerta como secretario de Hacienda”.

Sus ideas políticas y sociales

Es indudable que el haber crecido en un ambiente familiar ilustrado y liberal, así como vivir una temporada en Europa, orientaron las ideas políticas y sociales del maestro Enríquez Coyro y marcaron su interés por el análisis de los diferentes modelos de organización social en proceso en esa época.

“...Me interesó mucho el problema social; la revolución rusa y la mexicana. La mexicana fue una revolución orgánica; una revolución que surgió del pueblo, con la incoherencia y violencia con que surgen las cuestiones del pueblo. La revolución rusa no lo fue; ésta fue producto de la gran ignorancia del pueblo, de dos millones de hombres hambrientos, consecuencia de la Primera Guerra Mundial, y de un grupo de teóricos audaces. Prueba de ello es que para socializar el campo hubo que matar veinte millones de hombres. Comprendí entonces que este movimiento era algo distinto. Cualquier semejanza que se quiera encontrar entre la revolución rusa y la mexicana es un error. Me interesó mucho ese problema considerando que el mundo tenía que ir en alguna de estas dos direcciones porque el escenario que nosotros conocíamos, el de nuestros antepasados, se iba a acabar, a transformar. Teníamos que pensar en forma diferente y mi tesis de licenciatura apuntaba alguna propuesta en este sentido”.

Aunque el maestro Enríquez no lo menciona, cabe señalar que su tesis fue laureada, siendo sinodales de su examen: Miguel S. Macedo, Emilio Rabasa, Nicanor Gurría, Luis Chico Goerne y Mariano Alcocer, todos ellos reconocidos personajes del ámbito intelectual y político de la época.

“...Escribí mi tesis en 1924. El problema que entonces nos angustiaba eran los cambios posteriores a la revolución mexicana, a la revolución rusa y la reconstrucción social del mundo. Mi tesis se llama *El Estado del trabajo: un sistema de organización social basado en el trabajo*. En ella propuse un sistema de autogestión similar al yugoslavo, con

algunas variantes. Creo que es muy inconveniente que los medios de producción se encuentren en manos de particulares, pero, también, resulta muy inconveniente que sean propiedad del Estado, porque se genera un capitalismo de estado, como ha sucedido en la Unión Soviética. Los instrumentos de producción deben ser propiedad de las cooperativas de producción. . .”

“En esta tesis planteo una organización social en la cual los miembros de las cooperativas de consumo sean quienes elijan a los representantes políticos, y el presidente de esa organización social resulta electo por el voto de todos los consumidores. Los productores, a su vez, forman un consejo técnico asesor que plantea pero, en última instancia es el consumidor quien decide políticamente.”

Su incorporación a la Universidad

Una faceta poco conocida del entrevistado es su formación profesional en el campo de la música.

“...La revolución le hizo perder a mi padre su fortuna pero descubrió un negocio petrolero, se involucró en él y tuvo éxito. Así, me pude dedicar a la música. Mi primer dinero lo gané como músico. Yo daba clases de *Historia de la Música* y de *Estética Musical* en el Conservatorio. Estudié diez años piano, pero en realidad mi carrera era de compositor, por ello domino la técnica de la composición”.

A partir de 1930, el maestro Enríquez se incorpora a la Universidad como profesor de *Historia de la Música*, en la Escuela Nacional de Música, además de impartir la cátedra *La Música en México* para los Cursos de Verano. Al año siguiente funda la cátedra *Estética Musical*.

Por esos años forma parte del grupo encabezado por el entonces director de la Escuela Nacional Preparatoria, Vicente Lombardo Toledano, quien demandaba, en 1933, que se diera un enfoque materialista a la enseñanza de la historia y de la moral, para contribuir así a la formación de un hombre nuevo.

“...Buscábamos una educación orientada más hacia los problemas sociales mexicanos, menos apegada a las teorías conservadoras; fue la lucha de Gómez Morín contra Lombardo Toledano. Durante esa época la Universidad era un caos... Fueron años muy agitados”.

Años más tarde obtiene, por oposición, la cátedra de Derecho Inter-

nacional Público en la Facultad de Derecho. Además, durante ocho años fue miembro del Consejo Universitario, representando a la Escuela de Música.

“...Viví con intensidad aquellos turbulentos años de las rectorías de García Téllez, Gómez Morín, Ocaranza y Chico Goerne. Pero en diciembre de 1943, al ser designado Oficial Mayor de la Secretaría de Educación Pública, tuve que alejarme de la Universidad y sólo conservé la cátedra de *Derecho Internacional*”.

La fundación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales

Los cambios ocurridos en la sociedad mexicana, a partir de los años cuarenta, generaron una creciente preocupación por la formación de profesionales en las diferentes ramas de las ciencias sociales. Esta inquietud se concretó fundamentalmente dentro de la Facultad de Derecho, donde diversos grupos de profesores orientaron sus estudios hacia ciertas áreas propias del ámbito político y social.

Acorde con estos hechos, en 1949 se desarrolló un proyecto académico específico para establecer en nuestro país, dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México, una institución educativa dedicada a la enseñanza de las ciencias sociales.

El rector, Dr. Luis Garrido, encargó al licenciado Emilio O. Rabasa que formulara un anteproyecto de dicha institución. Paralelamente, el doctor Lucio Mendieta y Núñez, Director del Instituto de Investigaciones Sociales, había concurrido a una conferencia de ciencia política convocada por la UNESCO, donde se recomendaba la creación de escuelas de ciencias sociales. El maestro Mendieta y Núñez presentó a la rectoría un plan de estudios en el cual se tomaba en cuenta las experiencias de diversas universidades, en particular las de la London School of Economics and Political Science, del Institut d'Etudes Politiques de la Universidad de París y de la Ecole de Sciences Politiques de la Universidad de Lovaina. De esta última se tomaron las bases de los programas de estudios, ya que —se consideró— era la más cercana, en objetivos académicos, a las aspiraciones prevaletientes en México.

Una vez hechos los ajustes necesarios al proyecto, el Consejo Universitario, en su sesión del 3 de mayo de 1951, aprobó la creación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales.

“...La Facultad de Leyes tenía una sección de ciencias sociales. Hubo un momento en que se llamó Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Sin embargo, no existía una idea clara del núcleo de disciplinas a incluir en el plan de estudios. Por tal motivo el Consejo Universitario se dividió: unos querían (como siempre en México, la demagogia y el populismo) hacer una escuela demagógica, pero sin sustancia. Otros, en cambio, prefirieron elegir lo ya probado y conocido: la escuela de Francia y la de Bélgica”.

Designación de Ernesto Enríques Coyro como Director de la ENCPyS

“...Los debates en el Consejo Universitario habían producido grupos enconados de ideas discrepantes. El nombramiento de director de alguno de entre quienes lo formaban ahondaría las divisiones y agravaría el ambiente.

“El doctor Lucio Mendieta y Núñez era el director natural para la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales: él había traído la idea, formulado los planes de estudio que defendió en la Universidad; pero la situación creada por las corrientes en pugna, fortaleció la idea de la designación de una persona ajena al conflicto”.

El maestro Enríquez señala que él, durante esos años, estaba poco vinculado con la Universidad, por lo que le llenó de asombro la invitación del rector Luis Garrido para formar parte de la terna de la cual habría de designarse al director de la escuela.

“...Le hice ver al Rector mi especial agradecimiento por el honor que me dispensaba, pero que apreciaba como impedimentos mi desconexión con el asunto y el no haber realizado estudios ni tener grado de la Universidad. En efecto, había cursado primaria en el Instituto Científico de México, la conocida escuela de “mascarones”, tenía los estudios y el grado de Bachiller en Ciencias y Letras de la Universidad de Barcelona, España; me había recibido de abogado en la Escuela Libre de Derecho, en esta capital. El mismo reparo formulé al Presidente de la Junta de Gobierno de la Universidad, doctor Antonio Carrillo Flores, pero se me replicó, amablemente, que eran antecedentes adecuados más de quince años de mi docencia universitaria y los ocho años en el Consejo Universitario en donde había formado parte de las Comisiones de Revalidación de Estudios, Títulos y Grados y en la de Orden. Así, un día del mes de junio, sin salir aún del azoro y como llegado de la luna, muy hondamente agradecido y honrado, me encontré buscando alojamiento para la Escuela y exigido por los detalles administrativos de

la vida diaria del plantel, el que inauguró sus actividades el 25 de julio de 1951, en una pequeña, modesta y algo incómoda casa, número 24 de la calle de Miguel Schultz”.

La comunidad estudiantil

La comunidad estudiantil era heterogénea, pues gracias a un artículo transitorio de los Estatutos de la Escuela, se podían inscribir aquellas personas que con experiencia comprobada en algunos de los campos propios de las carreras a impartir, sustituyeran el grado de bachiller. La inscripción del primer año rebasó con mucho lo previsto, pues se esperaban entre 30 y 40 alumnos resultando una inscripción de 136, distribuidos de la siguiente manera: Diplomacia 76, Ciencias Sociales 3, Periodismo 34 y Ciencia Política 23 (129 hombres y 13 mujeres). Para el siguiente año se inscribieron, de nuevo ingreso, 163 alumnos más.

“...Había tres grupos de alumnos: uno de fósiles, que lo que quería era contar con una inscripción para seguir actuando en política; un segundo grupo de gente curiosa que iba por conocer lo que la Escuela les podía ofrecer; y un tercer grupo, muy distinguido, de gente que de veras quería estudiar y que durante los años que estuve ahí se dedicó a hacerlo con verdadero empeño.

“Como yo había trabajado ocho años en Relaciones Exteriores, deseaba lograr que la carrera de diplomacia fuera considerada como requisito para ingresar al cuerpo diplomático, sin necesidad de presentar el examen de vicescánsul.

“Es así que con estos antecedentes y mediante la aplicación estricta de los reglamentos escolares, me consagré por completo a los tres propósitos que consideraba más importantes. Dichos objetivos fueron: 1) reformar el Plan de Estudios para dar mayor énfasis a la investigación de la historia, la sociología, la política y la diplomacia; para que los estudiantes tuvieran una mejor comprensión de las realidades internas y externas de nuestro país; 2) la organización anual de ciclos de conferencias, con tres o cuatro prominentes políticos, sociólogos y diplomáticos de relevancia mundial y, 3) la construcción, en Ciudad Universitaria, de un edificio adecuado para la Escuela.”

La naciente Escuela

Aun cuando la investigación institucional en Ciencias Sociales se

venía haciendo desde 1930, año en que se fundó el Instituto de Investigaciones Sociales, las disciplinas sociales se encontraban muy poco desarrolladas en nuestro país. Por lo mismo, el primer plan de estudios diseñado para la naciente Escuela, siguiendo los modelos europeos mencionados, resultó poco específico para las carreras, dando a cambio un conocimiento global de la situación social.

En los primeros años hubo dificultades para integrar el personal docente; los recursos materiales y humanos eran precarios. En estas circunstancias, la labor de los maestros fundadores es meritoria por haber dado un paso determinante para independizar las Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho.

Ernesto Enríquez consideraba que había que empezar por transformar el plan de estudios recién aprobado por el Consejo Universitario.

“...Comprendí que una escuela de mera exposición no le servía a México. Concebía la escuela como un gran laboratorio de investigación, campo que estaba todavía virgen en nuestro país.

“Yo era radicalmente opuesto al plan de estudios. Para mí las prácticas de campo, la estadística, la exploración sociológica, el conocer las técnicas de periodismo, el ponerse en contacto con la población mexicana, era lo fundamental y la exposición teórica, la exposición en clase era cosa secundaria.

“En mi discurso de apertura del segundo año está la idea central de lo que debía ser la escuela.

“Mi segunda meta, la organización de conferencias era la más ambiciosa y difícil de llevar a cabo. Se requería un gran esfuerzo para que fuera realmente fructífera y desquitara el gran costo que su puesta en práctica implicaba. La idea era que cada conferencia se sujetara a un temario detallado y fuera antecedida por una preparación intensiva y un estudio riguroso de parte de los estudiantes de la escuela. De esta manera, el contenido de cada conferencia llenaría la materia del curso y se obtendría un provecho completo de la sabiduría y la experiencia del conferencista evitando lo que es habitual: el momentáneo e intrascendente lucimiento personal. Esto se basaba en la idea de que la política es una cuestión de praxis, los libros pueden enseñar ciertos fundamentos, ciertas ideas, un transfondo cultural que va a servir para que se pueda intuir el momento de actuar. Junto a la ciencia de la política, está el arte de la política. Siguiendo este criterio, lo que necesitaba proporcionar la escuela era una base cultural y una experiencia para investigar. Si no se hace esto, se es un político teórico, un político que inventa cosas, que improvisa. Por cada peso que México gasta bien, se gastan otros veinte en hacer proyectos inventados. Esta praxis, esta intuición

para comprender los momentos, solamente puede darla la gente que los ha vivido.

“Para esta idea de aprovechar las experiencias de los políticos, se necesitaba un local especial; se requería también modificar el plan de estudios y buscar profesorado adecuado, que no lo había.

“Mi idea era que en seis o siete años se lograra formar profesores y modificar el plan de estudios, conseguir un alojamiento propicio y traer a conferencistas de alto nivel. Era un proyecto muy ambicioso.

“El plan de estudios que yo concebía iba a causar una sensación muy grande en el Consejo Universitario; se necesitaba convencer a mucha gente e irla haciendo poco a poco a la idea. Ante las perspectivas del siguiente año, trabajaba yo con verdadero ahínco”.

No obstante, las circunstancias políticas y otros intereses de Ernesto Enríquez lo llevaron a dejar la dirección de la Escuela de Ciencias Políticas a escasos dos años de su designación.

La renuncia

“...Para finales de 1952, sólo había adelantado en la promoción y asesoría para la construcción del nuevo edificio y preparaba la iniciativa de la revisión del Plan de Estudios, con la satisfactoria perspectiva de profesar otra cátedra (para el siguiente año esperaba dictar *Problemas Modernos del Derecho de Gentes*) y de cambiar nuestro alojamiento —temporalmente— al edificio de “Mascarones”, en la Ribera de San Cosme, tan incorporado a mi vida por los años de mi educación primaria y por los de docencia en la Escuela de Música. Pero de nuevo el servicio público torció mi rumbo. Tres ministros solicitaron mi colaboración; tres personas querían que yo fuese subsecretario. La cuestión fue resuelta de la mejor manera posible con mi designación como subdirector general administrativo y técnico del Instituto Mexicano del Seguro Social, como asesor de la Secretaría de Educación Pública para presidir la Comisión de Presupuestos, y como asesor directo del arquitecto Carlos Lazo, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. En esa situación y por falta absoluta de tiempo, tuve que renunciar, no sin nostalgia, por no haber podido realizar lo que deseaba en bien de la Escuela.

“Sin embargo he de agradecer a la ahora Facultad de Ciencias Políticas dos momentos muy emocionantes con los que me ha honrado: primero, el examen profesional de mi hijo Ricardo, acto en el que tuve la oportunidad de entregarle, por invitación de sus sinodales, el acta y los documentos que lo acreditaban como licenciado en Ciencias Políticas y

Administración Pública.

“La segunda satisfacción fue la edición de mi obra *El tratado entre México y Estados Unidos de América sobre ríos internacionales*, como uno de los actos de conmemoración del vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, a la que le deseo y seguiré deseando el mayor éxito y la más legítima grandeza.”